

Expediciones jesuítas al este y al oeste de Fernando Poo (1862-1863)

JACINT CREUS
A.E.A.

Entre las características que distinguen el proceso español de colonización de Guinea Ecuatorial puede destacarse el protagonismo de la actuación misionera. Originada en una comunidad de intereses y desintereses, la connivencia entre iglesia y estado permitió dicho protagonismo, tanto en la ocupación de determinados territorios como en algunos aspectos administrativos. También en la definición y puesta en práctica de una estrategia de aculturación que terminó imponiéndose. La base de dicha actuación era un modelo misional institucionalizado –subvencionado por la administración y ejercido por una congregación– que se inició con la presencia de misioneros jesuítas (1858-1872). Episodio poco conocido, el objetivo de nuestro artículo es dar a la luz algunos documentos significativos en relación al progresivo “descubrimiento” de la isla por parte de aquellos abanderados de la colonización.

La primera expedición jesuíta llegó a Santa Isabel el 22 de mayo de 1858. Bajo la autoridad del P. José Irisarri¹, nuevo “Prefecto Apostólico de Fernando Poo, Corisco y Annobón”, los jesuítas alcanzaron a levantar en aquella ciudad una pequeña infraestructura que más adelante sería aprovechada por los claretianos: *“Fuimos a tomar posesión de nuestra casa, y quedamos sorprendidos al encontrar una casa de tan buenas condiciones que no esperábamos. Es de piedra y de ladrillos, lo cual es raro en este país en que las casas son de madera, incluso la del mismo Gobernador. (...) Al lado de nuestra casa o a continuación de ella tenemos otra casa también de piedra y ladrillos, que es el colegio donde tenían los niños los jesuítas. Hay lugar espacioso para escuela, refectorio y dormitorio. (...) Es también de piedra y ladrillos, pequeña,*

¹ Falces (Navarra), 06/02/1811 - Santa Isabel, 07/03/1868.

pero proporcionada a la naciente ciudad, nuestra blanca iglesia, con su torre-cilla de cuatro campanas y un reloj, la cual está después de la plaza"².

Una casa (1858), una escuela (1860) y una capilla (1862) resumían la actividad de 12 años de misión jesuíta. Una misión que se había proyectado con unos objetivos más bien nebulosos, en concordancia con el escaso conocimiento que se tenía en la metrópolis de la realidad guineana: *instalarse en Santa Isabel, estudiar las necesidades de la isla y proponer nuevas actuaciones*.

Para ello, el P. Irisarri contaba, de entrada, con otros 5 misioneros: los PP. Juan Manuel Vega³ y Melquíades Acevedo, y los HH. Tomás Araujo⁴, Juan María García⁵ y Benito de Garayoa⁶. También podía contar con las disposiciones del capitán de fragata Carlos Chacón⁷, orientadas a prohibir los cultos protestantes y a introducir la lengua española en una ciudad que a todos los efectos parecía una colonia británica.

Los jesuítas introdujeron el modelo de Misión que se estilaba en la época: buscaron consolidarse en un enclave central (Santa Isabel), a partir del cual les debía ser posible extenderse a otros lugares; y ejercieron en aquel enclave una labor relativamente similar a la que se llevaba a cabo en las parroquias metropolitanas.

El Archivo General de la Curia Claretiana en Roma⁸ contiene transcripciones de algunos documentos de la época jesuíta en Guinea⁹. Entre ellas, las memorias anuales que el P. Irisarri dirigía al gobernador de la Colonia, a través de las cuales nos podemos hacer una idea de la actividad misionera en Santa Isabel: servicios de culto y administración de sacramentos a la pequeña población católica, acrecentada en ocasión de expediciones concretas, tales como la de La Gándara¹⁰ de 1859 (166 militares y 128 colonos, la mayor parte

² Carta del P. Miquel Coma Serra, miembro de la primera expedición claretiana a Guinea, llegada a Santa Isabel el 13 de noviembre de 1883. Dicha carta, escrita durante el mismo mes de noviembre, se encuentra transcrita por Cristóbal FERNÁNDEZ en *Misiones y misioneros en la guinea Española: Historia documentada de sus primeros azarosos días (1883-1912)*, Madrid, Cocolsa, 1962, p. 68-72.

³ Tineo (Asturias), 13/12/1802 - Santa Isabel, 21/01/1859.

⁴ Zipacón (Colombia), 21/12/1826 - Roma, 14/12/1901.

⁵ Mañero (Navarra), 20/10/1841 - Burgos, 09/01/1915.

⁶ Vergara (Guipúzcoa), 13/02/1826 - Santa Isabel, 28/05/1866.

⁷ Primer gobernador general español (27/05/1858-01/09/1859), de cuya expedición formaban parte los misioneros jesuítas.

⁸ AG CMF. El acceso a su documentación nos ha sido posible gracias a la buena disposición de las autoridades claretianas y a una ayuda concedida por la AECI.

⁹ Sección F, Serie N, Caja 8, Carpeta 3. Se trata de transcripciones manuscritas, sin fecha y sin firma, realizadas posiblemente en los comienzos de la Misión claretiana (1883...).

¹⁰ Brigadier José de la Gándara, sucesor de Chacón en el gobierno general (01/09/1859-30/06/1862).

de los cuales fallecieron a los pocos meses de su llegada¹¹); visitas a los enfermos del hospital; visitas a los enfermos de casas particulares; atención de consultas de la población (problemas domésticos, conyugales, etc.); enseñanza de los alumnos de la escuela...

El tono general revela una ausencia de contacto casi absoluta tanto con la población bubi de la isla como con la población protestante de la ciudad. Hasta el punto de que la escuela de la misión, que nunca llegó a tener más de 15 alumnos¹², presentaba la curiosa característica de que sus alumnos no procedían de la propia isla, sino de zonas del Cabo San Juan, Río Muni, Corisco, Annobón... o del interior del Congo francés, convirtiéndose forzosamente en internado.

La situación minoritas impulsó incluso a los jesuitas a intentar formar un barrio propio: *"Una parte, y como barrio católico español, formamos nosotros con unos cuantos libertos que el gobierno llevó de la Isla de Cuba, a quienes, instruidos y casados, se les dio terreno y materiales para sus viviendas y aún para cultivos. Pero, después de catorce años, no sé en qué estado podrá estar"*¹³.

En contraste con esta situación, las visitas que, con una periodicidad aproximadamente anual, los jesuitas realizaban a la isla de Corisco y Annobón, se saldaban con el entusiasmo de la población, que a menudo reclamaba una presencia misionera más estable: *"Las islas de Corisco, Elobey grande y chico, y el Cabo de S. Juan, que es una misma tribu¹⁴, varía mucho en todas sus circunstancias. Los indígenas son muy despiertos, muy traficantes, muy amigos de tratar con el europeo, y se adaptan a todo. Allí tuve cuantos niños quise y pude tener en el pequeño colegio que llegué a construir"*¹⁵. *"Quince días permaneció fondeada en aquella rada la referida goleta; y, salvo algunos en que el P. misionero estuvo enfermo, dijo la misa a aquellas gentes reunidas en el tiempo, les hizo instrucciones catequísticas, bautizó solemnemente 119 niños que los mismos padres y madres presentaron espontáneamente, arregló un matrimonio conforme a las disposiciones de la iglesia Católica, suplió las ceremonias de 12 bautismos, y, después de haberles distribuido algunos objetos de devoción, emprendida la marcha de vuelta a esta isla, llegó al puerto de Sta. Isabel el día 14 de mayo, trayendo consigo dos*

¹¹ En 1861 ya no quedaba ninguno en la colonia, según la memoria del P. Irisarri de aquel año.

¹² La población de Santa Isabel era de 1.428 habitantes en 1860, según la Memoria del P. Irisarri; en ese mismo año, la escuela de los jesuitas tenían 10 alumnos.

¹³ Carta del P. Francisco Javier García (Tudea, Navarra, 03/12/1832 - Málaga, 23/05/1901) al claretiano P. José Mata, procurador de las Misiones de Fernando Poo, s/f (circa 1882).

¹⁴ Benga, perteneciente al grupo ndowe.

¹⁵ P. Francisco Javier García, doc. cit.

niños que voluntariamente le ofrecieron sus padres para ser instruidos en la escuela de la Misión”¹⁶.

La expansión hacia las otras islas formaba parte de las posibilidades de aquellos misioneros, que ostentaban la titularidad de una Prefectura Apostólica de “Fernando Poo, Corisco y Annobón”, a la cual añadieron las Elobey y el territorio de Cabo de San Juan. Aún así, nunca llegaron a establecerse en la Annobón lejanísima; mientras que una instalación prometedora en Corisco (1863), a cargo del P. Francisco Javier García, con una aportación de 100 alumnos por término medio anual, quedaba truncada en 1868, a la muerte del P. Irisarri.

Poco antes, en 1861, el P. José Campillo¹⁷ concretaba la instalación de una misión permanente en Banapá. Fundación laboriosa, conseguida tras meses de insistencia ante el jefe Boloko y gracias a la curación, igualmente laboriosa, de dicho jefe a cargo del P. Campillo: la imposible separación, por parte africana, de medicina y religión, ofrecía los jesuitas la posibilidad de mantener otra misión-parroquia, por primera vez en territorio bubi, siguiendo el mismo esquema-modelo que en Santa Isabel: una casa, una capilla y una escuela para alumnos externos, con un promedio de 30-40 alumnos por año.

Y mucho más: porque el radio de acción de la misión de Banapá se extendería hacia Rebola y Basupú Fishton; y porque, una vez realizado el primer paso, Banapá sería el origen de expediciones diversas que llevarían la presencia misionera al este y al oeste de la isla.

La segunda y última fundación jesuita en territorio bubi sería la Misión de Basupú (occidental), y no llegaría hasta 1865.

Es entre ambas fundaciones donde podemos situar los dos documentos que presentamos en este artículo: se trata de dos expediciones de exploración, llevadas a cabo por los misioneros en un intervalo de tiempo muy corto y en direcciones opuestas:

¹⁶ “Excursión a la isla de Annobón”, llevada a cabo por el P. Llorenç Sanmartí (la Corriu, Solsonès, 12/04/1821 - Puerto de Santa María, Cádiz, 05/05/1864) y explicada en la Memoria del P. Irisarri de 1861. El contraste no lo es sólo en relación a la situación en Fernando Poo, sino también en relación a anteriores tentativas misioneras en la propia Annobón: “Porém, pouco após a sua chegada a Ano Bom, surgiram os primeiros atritos com a população. Com efeito, no próprio dia da partida da corveta que os transportara, a população amotinara-se e pretendia forçá-los a seguir viagem no mesmo navio. Tal só nao se concretizou porque os padres haviam prometido deixar a ilha logo que o monarca português os autorizasse, e mal chegassem os padres italianos, os quais a população pretendia que voltassem à ilha». (Carta del P. Gregório Martins das Neves al rey de Portugal, de 30 de abril de 1771, citada por Carlos Agostinho das Neves en “Studia”, número 50, Lisboa, 1991, p. 206).

¹⁷ Santomera (Murcia), 20/11/1826 - Murcia, 05/10/1881.

- La primera, al este de la isla: una expedición de 6 días, iniciada el 11 de diciembre de 1862, que llevaría a los misioneros desde Banapá a Many (seguimos la nomenclatura de la época) y Basoala, con una derivación indirecta a Basakato y Bilelipa y regreso marítimo.
- La segunda al oeste, también desde Banapá, iniciándose el 12 de enero de 1863 en dirección a Basilé y Basupú (occidental) —con un primer acuerdo para la instalación de la futura Misión—, y derivaciones a Luedri, Basopó, Otoicopó y Basakato del Oeste, abandonando un intento de llegar hasta la bahía de San Carlos y regresando por el río Tiburones y la punta de los Frailes hasta la playa de Carboneras.

Ambas expediciones tuvieron lugar en ausencia del P. Irisarri, enfermo en la Península; y fueron dirigidas por su sustituto provisional, el P. Llorenç Sanmartí, antiguo colaborador del P. Claret antes de su entrada en la Compañía y superviviente de la expedición de La Gándara de 1859.

Éstas son las transcripciones completas, con los mínimos retoques exigidos por la normalización ortográfica y de puntuación:

DOCUMENTO 1

Autor: P. Llorenç Sanmartí

Fecha: 26 de diciembre de 1862

Destinatario: brigadier Pantaleón López Ayllón¹⁸

Sr. Gobernador:

Mucho tiempo ha que deseaba esta Misión conocer los pueblos del este de la isla, pues las noticias adquiridas por el P. Campillo de algunos bubis que una y otra vez venían a Banapá eran satisfactorias. Mas, como estas excursiones no pueden verificarse en la estación lluviosa, queda tan sólo la estación seca para verificarlas. En la seca del año pasado no fue posible emprender alguna, pues el estado de salud de los PP. no permitía exponerse a un viaje largo y penoso. Este año ha mejorado aquél; así es que, tan luego como se vio entablada la estación seca, se comenzó a tratar de esta expedición.

Se convino por fin en que el día 14 del corriente saldrían de Banapá, por la mañana, los PP. Sammartí y Campillo, el H. Elorza y dos crumanes para llevar algunas provisiones. El P. Campillo manifestó a Boloko, esto es al rey de Banapá, que se iba a emprender este viaje. Dicho rey manifestó grandes deseos de acompañarle: nos dijo que no podía por estar malo de las piernas, pero que el mandaría uno que le representase y que mandaría otros tres para que todos sirviesen de guías y de todo lo demás que fuese necesario, como efectivamente los dio. El día 9 pasé a manifestar a V.S. la expedición proyectada, y el 10 por la tarde pasé a Banapá, donde estaban ya los crumanes y demás de la expedición.

Por la noche, quiso el rey Boloko ver todos los expedicionarios; y, después de haber encargado con mucho encarecimiento a los bubis el cuidado de los PP., después de haber suplicado al P. Campillo que manifestara a los butucus o reyes de los pueblos del este que él deseaba estar en armonía con todos, que no quería guerra, por ser cosa malísima, sino que quería la paz a todo trance, que los pueblos del este y norte de la isla debían ser una sola cosa, después de todo esto empezó, como un padre de familia, a recordar a los PP. lo que debían llevar para el viaje, descendiendo a cosas muy menudas.

La misión que acababa de encargar el rey Boloko era muy propia de las misiones católicas, cuya vocación es animar a la paz; mas el encargo tan especial del citado Boloko de procurar la paz entre aquellos pueblos y éstos, provenía de que hace como 2 meses hubo un disgusto entre aquellos pueblos y éstos; y, aunque se habían ya hecho las paces, no era con toda aquella solidez y ceremonias usadas entre ellos. Con tan honroso encargo salió la expedición el día 11 por la mañana de Banapá, habiendo antes celebrado el santo sacrificio de la misa los dos PP. y pedido a Dios el feliz éxito de la expedición.

¹⁸ Gobernador general de Fernando Poo (30/06/1862 - 01/08/1865).

Habiendo pasado por los pueblos de Banapá y Rebola, siguieron costeano la gran cresta que se desprende del Pico, por entre el espeso bosque, donde no se encuentra casa alguna de bubis, ni palmeras, ni otras plantas que puedan servir de alimento a los naturales, ni aun los árboles buenos para madera escasean bastante. Hay también un gran trecho en que la tierra está materialmente cubierta de tierra volcánica, la que, dividida en gruesos guijarros cubiertos ya de musgo y continuamente mojados, hace el camino muy trabajoso y expuesto a caerse el que pasa por allí. Doblada ya la cuesta, se encuentran enseguida los desmontes del pueblo de Many, el cual está como a una media legua al sudeste de dicha cuesta.

Al llegar al pueblo se adelantó el principal de los bubis que nos acompañaban, según es costumbre entre estas gentes. Sabida nuestra llegada por los de Many, salieron al encuentro nuestro no sólo el butucu, esto es el rey, sino también algunos del pueblo; y, sentados todos en el suelo, el P. Campillo y nuestro jefe bubi expusieron el motivo del viaje, de lo que quedaron sumamente complacidos. Enseguida nos dieron algunas calabazas de tupí, que ellos llaman basí, lo que es muy a propósito para refrescar las secas fauces del caminante.

Concluida la sesión nos levantamos todos, abriendo la marcha el butucu de Many. Al llegar al pueblo, a todos cuantos encontraba iba diciendo: "¡Qué noticias tan buenas! Han venido PP. españoles, gente que quiere la paz y que nos quieren mucho", etc., etc. Con esto se llenó el pueblo de una alegría y entusiasmo extraordinarios. Comenzaron todos, grandes y pequeños, a concurrir a la habitación que se nos señaló; y no se cansaban de mirarnos, tocan nuestras barbas y vestidos... Pero lo que más les llamaba la atención era el pelo de nuestras cabezas: nos quitaban los sombreros y, al verlo fino, laso y que no era postizo, prorrumpían en gritos de admiración. Como en este pueblo escasea el agua, desde luego comenzaron a traernos botellas llenas de ella, en términos que teníamos que rechazarlas por tener demasiada; y nosotros les dábamos algunas hojas de tabaco y quedaban muy contentos.

Después de haber descansado y comido algo, salimos a ver parte del pueblo. Digo parte, pues que, por ser mucha su extensión, no es fácil recorrerlo todo en poco tiempo, pues las casas no están contiguas sino que median entre ellas algunos trechitos. Al paso que íbamos caminando, se iban agrupando a nosotros niños y también adultos; de manera que, al llegar a la plaza, en el poco rato que estuvimos en ella, creo que se reunieron unos tres niños con una buena porción de adultos de ambos sexos, los que, con sus gritos de admiración y alegría, nos asordaban. No fue posible continuar la visita del pueblo, porque vino la noche y entonces nos retiramos a nuestra habitación.

Acordaron los de Many obsequiar a sus huéspedes con los obsequios acostumbrados entre ellos, que consisten en cánticos y tiros de espingarda. En efecto: entrada ya la noche, comenzaron los cánticos, formando tres coros entre distintas casas, una de las cuales era la que nos servía de habitación. Los cantos no estaban destituidos de armonía y, por consiguiente, no eran desagradables; mas la hora importuna (pues era la hora de dormir) hacía algo incómodo para nosotros dicho obsequio, y porque ninguno de las casas dejase de cantar, rendido de sueño: había vigilantes que iban de una a otra casa, a despertarlos si dormían. Estando bastante entrada la

noche comenzaron los tiros de espingarda, los que retumbaban tanto que parecían cañonazos.

Salimos de Many con ánimo de ir a pernoctar en Basakato. Mas los muchos y muy profundos barrancos, y la aspereza del camino, que nos destrozó los zapatos, nos obligaron a hacer alto en un partido del pueblo de Basoala. En el camino encontramos varios pueblecitos dependientes de Many; y, en uno de ellos, vimos una manadita de ovejas, en número de 15, que estaban sesteando.

Llegados al partido sobredicho, habiendo descansado en una casa que nos ofrecieron con muy buena voluntad, y tomando algún alimento, quisimos ver el partido. Y, al llegar a la plaza, como íbamos solos los dos PP., uno de los naturales quiso impedir el que pasásemos más adelante, pensando meternos miedo con el Mo, a quien consideran una especie de espíritu malo. Mas el P. Campillo le habló y no puso resistencia.

Seguimos el camino y, al llegar a una casa, nos dirigimos a ella. En esto salió un bubí que llevaba un machete en la mano, quien con señas y palabras nos decía que no nos acercásemos, sino que siguiésemos el camino. Mas nosotros no hicimos caso. Entonces se metió en su choza y nosotros hicimos lo mismo. Y encontramos a 3 hombres sentados, ocupados en quehaceres manuales. Nos recibieron con frialdad; mas el P. Campillo les habló y, enterados ellos de nuestra misión, viendo que era de paz y ya se hicieron amigos.

En esto, varias mujeres y niños, que de otras casas habían venido y se habían quedado a cierta distancia, al vernos hablar y reír se acercaron, nos regalaron algunos dátiles de las palmas, y, salidos todos de la casa, puestos en la plazuela que hay al frente, dieron expansión a su alegría y se reunieron allí unos 30 ó 40. Y, al volver a nuestra habitación por ser ya tarde, nos acompañaron varios de ellos y estuvieron con nosotros hasta bien entrada la noche. En todo esto, aquel bubí que no nos quería en su casa estuvo avergonzado, pues le dimos broma sobre esto.

Viendo que la escabrosidad del terreno no nos permitía continuar nuestro viaje, tratamos de volver por mar a la ciudad. Se encontró allí un bubí que se ofreció a llevarnos en una canoa. Con esto resolvimos mandar tres de nuestros bubis a los pueblos de Basakato y Bilelipa, quedándose con nosotros el jefe de ellos, como se efectuó.

Al día siguiente celebraron ellos, bien de mañana, una fiesta que bien puede llamarse fiesta de palmas, porque comparecieron un gran número de ellos, en forma de procesión, llevando cada uno una hoja de palma, las que colocaron en la entrada del partido, a ambos lados del camino, formando como una puerta de arco.

En esto nos preparábamos para salir para el 1.^{er} distrito de Basoala, cuando llegó un butucu de segundo orden de Basakato, quien quiso acompañarnos y aun ayudó a llevar la carga a los crumanes. Salimos, pues; y, habiendo llegado a dicho punto, mandaron desocupar una casa, la que nos cedieron para nuestra habitación. Llegado el butucu con algunos de sus magnates, y oída la relación de nuestro viaje y el objeto de nuestra misión, se alegraron muchísimo, viendo que la paz con los pueblos de acá se iba a consolidar de una manera firme y estable. No tuvieron inconveniente en que nos quedásemos allí cuanto quisiésemos. Nos regalaron varias calabazas de tupí. Por la

noche nos obsequiaron con un baile de muchachos de 12 a 15 años, cuyo director era el mismo butucu.

Al día siguiente por la tarde, el bubí que debía traernos a ésta se presentó y nos acompañó a algunos grupos de casas que hay por allí; y nos llevó a un montecito desde donde vimos el alto pico, que nos quedaba enteramente al poniente. También esta noche nos obsequiaron con otro baile; aunque, como eran muchachas las bailarinas, como más vergonzosas, bailaban a unos veinte y cinco pasos de la casa.

Salimos al día siguiente para la costa del mar, al objeto de esperar la canoa y también al mismo butucu con su traje de gala; mas, como aquel día era fiesta para ellos, parece que los remeros tenían alguna pereza. Salieron el butucu y el piloto a buscarlos y, siendo ya tarde, como no llegasen los bubis con la canoa, quiso la Providencia que pasara por allí la balandra de Mr. Matthius, que venía del sur de la isla. Hicimos señas, nos aguardó y nos embarcamos en ella, en la cual llegamos a ésta el 16 por la tarde, habiendo estado embarcados unas veinte y cuatro horas por no haber viento. Dicho Matthius se portó muy bien con nosotros; pues, al llegar a la balandra, nos puso su cámara a nuestra disposición.

Según carta del P. Campillo, ya llegaron a Banapá los tres bubis que fueron a Basakato y a Bilelipa. Han sentido mucho el que no hayan podido ver a los PP. en sus pueblos, y preguntaron mucho por nosotros. Pero, Dios mediante, no tardarán mucho tiempo en tener este gusto. Según parece, se han consolidado las paces entre aquellos pueblos y éstos. Aquellos regalaron a éstos algunas cosas para celebrar tan fausto acontecimiento, y el 23 fue el día destinado para celebrar en Basupú la fiesta, con asistencia de los butucus de Banapá, Basilé, Basupú y Rebola.

Éste es Sr. Gdor., el sencillo relato de la presente excursión, por si V.S. tiene por conveniente ponerlo en conocimiento del Gobierno de S.M. (q.D.g.).

Sta. Isabel de Fdo. Poo, 26 de diciembre de 1862.

Lorenzo Sanmartí, S.J.

DOCUMENTO 2

Autor: P. Llorenç Sanmartí

Fecha: 26 de enero de 1863

Destinatario: brigadier Pantaleón López Ayllón

Relación de la excursión a los pueblos bubis llamados Basupú, Botanós, Basopó, Otoicopó y Basakato, situados al oeste de Sta. Isabel, hecha por los PP. Sanmartí y Campillo y el H. Itúrrioz¹⁹, acompañados de cuatro crumanes que nos facilitó el gobernador de la colonia.

Sr. Gobernador:

Habiendo convenido con V.S., el día 5 del corriente, que sería muy conveniente que esta Misión hiciese una excursión a dos pueblos bubis del oeste de esta ciudad, ya para que conocieran personalmente a los misioneros, ya también con el objeto de encontrar otro camino que fuera más apacible que el que ahora está abierto, encargué al P. Campillo se procurara un guía de los bubis de Banapá para que nos llevara al pueblo de Basupú por algún camino que creíamos existía más a la izquierda. El rey de Banapá convino en que nos daría un guía, a pesar de que actualmente están todos muy ocupados en sus labores, aunque manifestó que el camino que pedíamos, si bien existía, era mucho más largo y al mismo tiempo intrasitable. No hicimos caso de lo que nos dijo, creyendo que, como salvaje, y por consiguiente desconfiado, no quería que supiéramos otro camino que el actual.

Con esto resolvimos salir de Banapá el día 12 del corriente por la mañana, lo que comuniqué a V.S. el día 9, y Vd. tuvo la bondad de ofrecerme los crumanes que necesitáramos. Cuatro nos parecieron suficientes para llevar nuestro equipaje y sus raciones para cinco días, y V.S. mandó que el día 11 del corriente fueran a dormir a Banapá los dichos 4 crumanes con su correspondiente capataz, llevando dos espingardas para el rey de Basupú y algunas botellas de caña para el dueño de la casa en que vivieron algunos de la expedición que fueron con V.S.

Habiendo, pues, celebrado bien temprano el santo sacrificio de la misa y encomendado a Dios el feliz éxito de la expedición, salimos de Banapá el día 12 por la mañana los PP. y H. arriba dichos, con los 4 crumanes y capataz ya mencionados y un bubí por guía. Éste quería llevarnos por el camino de Banapá a ésta hasta cerca de la población, y luego cortar a la izquierda e ir a salir al camino de Basupú en un lugar muy inmediato a Sta. Isabel, diciendo que era el camino más recto y mejor.

¹⁹ Ambrosio Itúrrioz: Elgoibar (Guipúzcoa), 7/12/1833 - Orduña (Vizcaya), 2/12/1893.

Nosotros, que para este camino no necesitábamos guía, de ninguna manera quisimos acceder; y fue preciso ponernos serios y decir que, aunque el otro fuera más largo, queríamos ir por él, pues éste era uno de los objetos de nuestra expedición. Viéndonos, pues, resueltos, tomó el camino de Basilé, por cuyo pueblo pasamos; y, habiendo caminado más de dos horas por los tortuosos senderos, nos encontramos en el camino de Basupú, a distancia de menos de una legua de esta ciudad. Entonces, siendo ya inútil el guía, pues los crumanes sabían muy bien el camino, despachamos al bubi y continuamos nuestro viaje.

Serían como las 11 cuando nos encontramos varios bubis de Basupú que iban a Basilé. Entonces comenzamos a pensar que, supuesto que los bubis seguían aquel camino, no había otro mejor. Pero después empezó a llover, pero con tanta abundancia que nos empapamos bien, tanto nosotros como nuestros equipajes. Llegamos, por fin, al concluirse la lluvia, a una de las casitas provisionales. Allí descansamos un rato, tomamos algún alimento y nos encontramos con una porción de bubis de Basupú que habían ido a recoger algunas cosas necesarias, como bejuco, etc., para sus haciendas, quienes nos dicen que en Basupú se alegrarían mucho de vernos, pues hacía tiempo que deseaban nuestra visita por las noticias que tenían de los misioneros desde que está establecida la Casa de Banapá.

Salimos de allí como a la una de la tarde y, ya por las piedras que con tanta abundancia hay en aquel camino, ya por el mal paso de algunos ríos, ya también por habernos mojado tanto, llegamos a Basupú bastante cansados. Al llegar a las primeras casas vimos que no nos habían engañado los bubis, pues se veía pintado en su rostro su alegría, la que expresaban también con palabras. Por desgracia, encontramos que el pueblo estaba de luto por haber fallecido, poco hacía, un butucu de 2.^o orden. Preguntamos por el rey y nos dijeron que ya se había acostado y, por consiguiente, que al día siguiente vendría.

Al otro día, que fue el 13, vino el butucu, a quien manifestamos el objeto de nuestra llegada; le hicimos presente cómo V.S. estaba muy contento de él por los servicios que le había prestado; le entregamos, en nombre de V.S., las dos espingardas, diciéndole que en Sta. Isabel no se encontraban mejores, y, habiéndolas examinado, fueron de su gusto y manifestó estar muy complacido; como también dijo que se alegraba mucho de conocer personalmente los misioneros, tanto él como los demás de Basupú, puesto que hasta entonces sólo los conocían por lo que contaban algunos que habían estado en Banapá; y que todos deseaban obsequiarnos con cánticos y bailes, pero que no era posible por estar de luto.

[Borrado]. Por esta razón, desde el amanecer oímos golpes que dan con palos sobre las tablas que sirven de puertas a la choza del difunto, y cantar al mismo tiempo unos cánticos bastante tristes. Durante los días de luto, todos los de la familia llevan taparrabos de hierbas, sin ningún adorno, y aun algunos no hablan sino algunas palabras, las más precisas.

En esta entrevista pedimos a dicho rey un guía para visitar los pueblos de Botanós y Basapó, ambos dependientes de Basupú, el cual nos facilitó un muchacho hijo suyo para acompañarnos; mas no pude ver yo dichos pueblos, a causa de un dolor reumático que me sobrevino en la rodilla izquierda, cuyo dolor me mortificó bas-

tante el día antes y aquel día me impedía casi andar. Así es que fueron sólo el P. Campillo y el H. con uno de los crumanes. Mientras se preparaban para salir, escribí a V.S. por conducto del capataz y un crumán, participándole nuestra llegada y pidiéndole que volviera dicho crumán con raciones para tres días; y al mismo tiempo escribí al P. Apraiz²⁰ para que, con un crumán de los de la Misión, nos mandara víveres frescos para nosotros. Y, en efecto, al día siguiente, a las dos de la tarde poco más o menos, llegaron los dos crumanes con lo pedido.

El mismo día 13 por la tarde regresaron de Botanós y Basopó el P. y el H., habiendo visitado ambos pueblos. Luego se trató de continuar el viaje hacia la bahía de S. Carlos, que en línea recta tal vez no diste de Basupú más de 4 leguas, pero que los muchos barrancos hacen que sea la distancia mucho mayor. Al efecto se pidieron guías al rey de Basupú, que facilitó dos hijos suyos, entregándoles el bastón de mando, que es la señal de autoridad. Y, aunque al principio opuso alguna dificultad, alegando que los bubis de aquel lado eran tontos y malos, sin embargo accedió, no a llegar hasta dicha bahía sino sólo hasta Basakato, que estará como a la 3.^a parte del camino.

Salieron, pues, el P. Campillo y el H. (porque tampoco pude acompañarlos por causa del dolor), con los crumanes y sus guías bubis, el 14 por la mañana; pasaron por Botanós, Otoicopó, y llegaron a Basakato poco después de las 12 del día. Pero, ¡que efecto tan triste les causó la vista de aquella gente! Varias personas adultas enteramente desnudas, sin el más pequeño taparrabos, sumergidas en la más espantosa miseria y degradación. Al principio huían del P. cuanto podían, pues decían que, como tenía la cara y manos blancas, era un hombre malo. Mas, al oír que les hablaba en su lengua, y como, al mismo tiempo, los dos guías les aseguraban que no tuvieran miedo, consiguió por fin que se acercaran algunos, a quienes comenzó a repartir algunas hojas de tabaco, lo que fue suficiente para que todos se acercasen ya sin temor.

A todo esto no estaba el rey de Basakato, quien estaba ocupado en sus labores. Cuando llegó y se enteró de la venida de los misioneros y de su objeto, manifestó estar contento. Llamó a la gente para que el P. les viera y hablara. Y, habiéndose reunido, les manifestó el P. que el objeto que él llevaba no era otro que conocerles y que ellos conocieran a los misioneros y a los españoles, que todos éramos amigos y que nuestro fin era procurarles el bien espiritual de sus almas, etc., etc. Y luego les repartió algún poco de tabaco y quedaron muy contentos. Entonces quería el rey de Basakato regalar algo a sus huéspedes; mas les dijo con suma franqueza que, aunque tenía muy buena voluntad, no tenía qué darles, pues que era muy pobre. Poco costó convencer al P. de la verdad de lo que decía dicho rey, pues él veía pintada la miseria en todas las casas con los más vivos colores.

Habiendo, pues, pernoctado en Basakato, salieron el 15 bastante temprano; y, en tres horas poco más o menos que emplearon, regresaron a Basupú. Aquí hay que advertir que al ir a Basakato fueron por un camino y a la vuelta por otro, pasando 19 ríos a la ida y 21 a la vuelta, todos con agua excepto cuatro. En estos días en

²⁰ Domingo Apraiz, nacido el 2/11/1825.

Basupú, en los ratos que podía, como yo procuramos enseñar a los muchachos los cánticos espirituales que en Banapá cantan los niños y las niñas en su lengua, y ellos se mostraron muy aficionados a aprenderlos, lo que gustaba tanto a los adultos que aun ellos mismos se mezclaban con los chiquillos y cantaban.

En este mismo día 15, por la tarde vino el rey de Basupú a nuestra habitación con otros de sus principales, quienes manifestaron el contento que habían recibido con nuestra visita. Y entonces, aprovechando la ocasión, les propusimos si recibirían bien el que se estableciese en Basupú una casa de misioneros como en Banapá. Y todos contestaron unánimemente que con mucho gusto la recibirían. Habiendo ya llenado el principal objeto de nuestra excursión, les manifestamos que era ya tiempo de volvernos; pero que deseábamos volver a ésta por otro camino que no fuese tan malo como el que llevamos a la ida. Entonces nos dijeron que sí había otro sin piedras, sin los enormes cauces de los ríos, sobre todo sin subidas ni bajadas; y, según ellos, más corto. Con tan buenas noticias, fácilmente nos determinamos a seguir éste que nos indicaban. Les pedimos guías, y el rey nos dio dos hijos suyos.

Salimos de Basupú el día 16, como a las 7 y media. Empezamos a bajar hasta la playa en dirección al nordeste. Al principio se baja con alguna pendiente, mas después se suaviza de tal manera que más bien parece terreno llano que bajada. Y todo esto con un camino tan bueno que no parece camino de bubi. Aun los mismos ríos, que por el otro camino tienen un cauce tan profundo, por ése se pasan casi a pie llano. Así, con esta especie de camino, llegamos a la playa, donde hay dos o tres casitas para hacer sus cambios con los de Sta. Isabel. Aquí confluyen dos ríos que en un (?) de ellos es el que por el otro camino es tan profundo, llamado por Pellón el río de los Tiburones.

Seguimos un trecho por la playa y luego entramos en el bosque, aunque por un largo trecho seguimos la costa del mar, pues veíamos las olas por entre los árboles y matas, hasta que alcanzamos a ver la punta de los Frailes; mejor dicho, de sus tres puntas la que está más al oeste, que si no me engaño se llama la punta del prior. Al divisar ésta nos internamos en el bosque, perdimos de vista al mar y seguimos por un sendero bastante estrecho y tortuoso mucho tiempo, pero siempre llano y sin piedras aunque, generalmente hablando, con muchas raíces y demás estorbos de matas, árboles caídos, etc., que nos obligaban a andar muy despacio. Así cortamos la punta de los frailes hasta salir a la bahía de Sta. Isabel, cerca de la hacienda de Mr. Lynslager.

Como a la mitad del camino encontramos dos ríos y antes de salir a la playa otros dos, [y] continuando por la misma playa hasta las Carboneras hay otros dos ríos, todos estos seis ríos fue preciso pasarlos en hombros de los crumanes. En suma, el número de ríos y arroyos que pasamos desde Basupú a ésta creo asciende a 17, todos sin el enorme cauce que tienen por el otro camino; al contrario, todos con el cauce tan suave que es casi imperceptible la bajada y subida que hay en ambos lados; de manera que desde Basupú a ésta no recuerdo hayamos encontrado otra subida tan pendiente como la que hay desde las Carboneras a ésta.

Al día siguiente, 17, despachamos los dos guías, pues no tenían licencia de su padre para demorarse más, los que salieron tan contentos con los regalos que V.S. les

hizo y con los que se les dio en casa, que estaban diciendo que el Sr. Gob.^{or.}, los PP. y los españoles eran muy buenos: La Gobernará, la Pateri, la Paña sese al-le buque²¹.

Según las noticias que hemos adquirido, el número de bubis de lo que es propiamente Basupú es poco más o menos como Banapá; Basopó como Basilé; Botaños, o en nombre propio Lued-ri, como Rebola; pero como los tres pueblos están bajo la jurisdicción del rey de Basupú y están en continuo contacto todos, parece y dicen que son de Basupú. Mas estos pueblos no están reunidos, sino divididos en grupos de 8, 10 o más casas; tal vez algún grupo llegue a 20. El pueblo de Otoicopó será también como Basilé, y Basakato aún menor que Banapá.

Las noticias estadísticas que hemos podido adquirir de aquellos pueblos no están del todo conformes con las que antes teníamos de Basupú. Es verdad que la jurisdicción de éste es muy grande, pero es porque, comparando los pueblos de Basopó y Luedr-i, alias Botaños, lo que se llama y es propiamente Basupú contiene sólo unas 90 casas habitadas; digo habitadas porque, aunque contiene otras en sus haciendas, sólo sirven cuando trabajan en ellas, como sucede en Banapá, Basilé y en todos los pueblos bubis que tienen haciendas lejos. El adjunto estado indica el número de casas que aproximadamente tiene cada pueblo; y, contando con tres personas por casa, resulta el número abajo inserto.

Las noticias estadísticas de los habitantes de Basupú son: que en toda la jurisdicción de Basupú, en la que se incluyen los pueblos de Botaños (Lued-ri) y Basopó habrá próximamente el número de 400 casas, pero todas en grupos que lo más general son de diez o doce cada uno; algunos, no obstante, tienen más. Y todas estas casas ocupan un terreno de más de dos leguas en cuadro. La población de Otoicopó tendrá unas 160 casas, divididas también en varios grupos. La de Basakato podrá tener unas 100 casas, igualmente divididas en varios grupos; y, preguntando nosotros cómo hacían las casas así, tan separadas, y no unidas al modo que están los cuatro pueblos que están cerca de Sta. Isabel, nos dijeron que lo hacían para que, si algún pueblo vecino les armaba guerra, no pudiera (atacarles?) a todos a la vez.

Aquí debería terminar mi relación. Mas, como el día 22 del presente fuí con los PP. Campillo y Rodríguez²² a visitar el pueblo de Rebola, y por otra parte ignoro si en ese Gobierno existen noticias oficiales acerca del número de casas que tiene, me ha parecido útil agregarlas aquí como un apéndice. No tengo el menor inconveniente con afirmar a V.S. que el pueblo de Rebola es el de mayor importancia de todos cuantos se conocen en la isla en cuanto al número de habitantes, pues tiene todas juntas, en la distancia de un tiro de bala, 300 o más casas; y luego, a media legua escasa, tiene el otro pueblo llamado Basupú, que tiene unas 200 casas; de modo que son

²¹ Todo lo que pudo darles consistió en una calabaza de *tupé*. Aun los dos bubis de Basupú que hacían de guías, con ser hijos de rey apenas encontraron con qué satisfacer su hambre. El P. les ofreció de su comida; mas, como no están acostumbrados, tomaron poco y no se satisficieron. Entonces les dijo que buscasen ñame por el pueblo, que él lo pagaría, y ni aún así encontraron bastante. [Nota original].

²² Nicolás Rodríguez: Soto de Cameros (La Rioja), 5/12/1830 - Cartagena (Bolivia), 9/09/1900.

500 casas por lo menos en el trecho de media legua, y en sólo dos grupos, pues que Basupú casi puede considerarse un solo grupo.

Y debo añadir que habiendo el P. Campillo, a principios del corriente, con el rey de Banapá, y dicho que en aquel paquete había venido una casa para Rebola, a los pocos días se presentó en Banapá el butucu principal de Rebola al P. Campillo, diciéndole que había sabido que España había mandado una casa para los PP. que deben ir a Rebola y que, por consiguiente, quería que el P. Campillo fuese allá cuanto antes a poner casa.

Ésta es, Sr. Gobernador, la sencilla relación de lo ocurrido a la excursión presente. V.S. hará de ella el uso que estime conveniente al servicio de S.M.C. (q.D.g.).

Sta. Isabel, 26 de enero de 1863.

La expansión de la Misión jesuíta adoleció siempre de una alarmante falta de personal: si la expedición fundacional (1858) estaba compuesta por 6 misioneros, en 1862, con dos casas, los misioneros eran 15; sin embargo en 1865, con cuatro misiones, el número de efectivos había bajado a 8. Y seguiría aminorándose, a causa de las enfermedades, las defunciones y la falta de suplencia de las bajas. Tras la revolución de 1868, la Administración decidió reducir todas las Misiones a una sola parroquia, en Santa Isabel, regentada por dos únicos misioneros, que pronto dejarían de ser jesuítas.

La Compañía abandonaría una aventura de 14 años con un bagaje cuantitativo, en lo referente a los pueblos bubis, poco triunfal: 4 únicos bautizos, todos ellos en Banapá. Once años más tarde los claretianos aprovecharían sus casas en Santa Isabel y algunas de sus ideas; el éxito cuantitativo de su labor, no obstante, no sólo se debió al número de efectivos mucho mayor, sino a un cambio evidente en la orientación "parroquial" de la Misión.

RESUMEN

La Misión de los jesuítas en Guinea Ecuatorial (1858-1872) se caracterizó por la limitación de su labor a la ciudad de Santa Isabel, percibida por aquellos misioneros como un "enclave de perdición". Asentados en la capital de Fernando Poo, las intenciones de los religiosos se orientaron desde el principio a la población bubi de la isla: por un ansia lógica de evangelización de los "paganos", pero también como consecuencia de una mentalidad misionera conservadora, que veía en el estamento clerical una punta de penetración de la civilización europea. Un modelo que, lejos todavía de la *Conferencia de Berlín*, encontró escaso respaldo entre las autoridades coloniales y metropolitanas: antes de su extinción definitiva, tras la revolución septembrina, la expansión católica se redujo, en Bioko, a dos pequeñas fundaciones más y a una escueta lista de excursiones que tenían como objeto el conocimiento del

territorio y la preparación de los "indígenas" a la presencia misionera. El artículo se centra en la transcripción de las relaciones de dos de dichas excursiones, realizadas entre 1862 y 1863 por el Superior provisional, P. Llorenç Sanmartí.